



Me dispongo a la oración con estos textos

“ Hemos de estar seguros de nuestra fuerza, tanto más fuertes cuanto más nos parezcamos a Cristo, no en el Tabor, sino en el Calvario.

–Guillermo Roviroso, O.C. T. V. 593

“ Al finalizar la experiencia maravillosa de la Transfiguración, los discípulos bajaron del monte con ojos y corazón transfigurados por el encuentro con el Señor. Es el recorrido que podemos hacer también nosotros. El redescubrimiento cada vez más vivo de Jesús no es fin en sí mismo, pero nos lleva a «bajar del monte», cargados con la fuerza del Espíritu divino, para decidir nuevos pasos de conversión y para testimoniar constantemente la caridad, como ley de vida cotidiana. Transformados por la presencia de Cristo y del ardor de su palabra, seremos signo concreto del amor vivificante de Dios para todos nuestros hermanos, especialmente para quien sufre, para los que se encuentran en soledad y abandono, para los enfermos y para la multitud de hombres y de mujeres que, en distintas partes del mundo, son humillados por la injusticia, la prepotencia y la violencia.

–Francisco, *Ángelus*, 6 agosto 2017

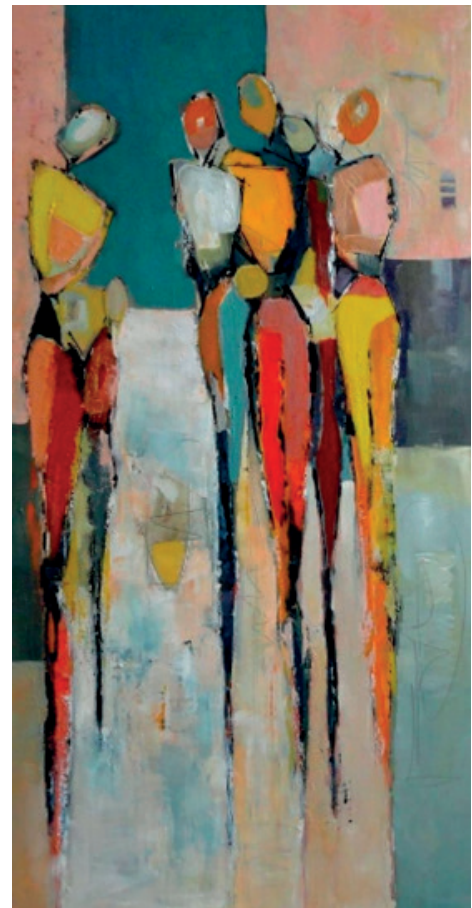
Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Del Tabor al Calvario discurre nuestro camino vital creyente. Un camino en el que encontrar a Dios encontrando a las personas empobrecidas, en el que acogerle en ellas. Un camino en el que aprender a vivir la virtud del sacrificio, como expresión de amor.

Transfiguración

*Debajo de la piel,
muy dentro,
en lo profundo,
arde un fuego
poderoso.
La fuerza
de un Dios late, discreta,
en el pozo de los anhelos
y los sueños.*

*A veces asoma, y es
palabra humilde,
caricia,
gesto de amor,
mirada humana,
alegre bullicio,
silencio reconciliado.*





ORAR EN EL MUNDO OBRERO

18º Domingo del Tiempo Ordinario A • 6 agosto 2023 • www.hoac.es



*Brillan más los ojos,
un fulgor distinto colorea el rostro,
se entonan
melodías vivaces,
ese canturreo crece,
contagia a muchos,
y por un instante de comunión
nace un clamor de júbilo.*

*Se está bien aquí.
Menos uno, y más nosotros.*

*Luego se impone la vida
con sus rutinas.*

*Pero sabemos que
debajo de la piel,
muy dentro,
en lo profundo,
late Dios.*

(José María R. Olaizola, SJ)

Hoy me dice LA PALABRA...

Mt 17, 1-9. Su rostro resplandecía como el sol.



Seis días más tarde, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo».

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temáis». Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta

que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».

Palabra del Señor



Acojo la Palabra en mi vida

En nuestro camino militante, creyente, encontramos más veces de las deseadas los conflictos y las tensiones de la lucha que, cada día, ofrecemos en nuestra oración al Señor. Nos gustaría que el seguimiento fuera un camino de rosas, pero no hay resurrección sin cruz. El calvario es paso necesario a la vida, y el mismo conflicto que afrontó Jesús en su lucha contra el mal de este mundo es el que nosotros, que queremos ser sus seguidores, hemos de afrontar.

Pero necesitamos aprender a vivir y permanecer en el conflicto mientras se manifiesta, para no quedarnos hundidos en él, para hacer lectura creyente del mismo. Necesitamos situar el horizonte de la resurrección como perspectiva de nuestra mirada. Y, al mismo tiempo, no ceder a la tentación de rehuir el conflicto para quedarnos solo con lo dulce del seguimiento, porque edulcorándolo, lo vaciamos de sentido y significado.

Y, por eso, necesitamos momentos de transfiguración en nuestra vida. Necesitamos ese encuentro sosegado con el Dios de las misericordias que nos envuelva, que nos eleve, que nos sostenga. Necesitamos oír, ver, tocar al mismo Dios que rehace nuestras gastadas fuerzas, y nos anima de nuevo en la esperanza a ponernos en camino. Necesitamos ese encuentro que rehace las fuerzas, devuelve el sentido, nos da paz y alegría, y nos hace experimentar que solo en esa experiencia del amor de Dios que nos envuelve somos quienes somos. ¡Qué bien se está aquí! ¡Qué bien contigo! ¡Qué bien cuando te transparentas en la vida y te percibo!

Necesitamos subir al Tabor para poder bajar, de nuevo, a Galilea y continuar el camino cuajado de luchas y decepciones, de esfuerzos muchas veces aparentemente ineficaces, de fracasos e incomprendiones, pero también de fruto, esperanza, humanidad. Necesitamos subir al Tabor para experimentar el amor con que estamos llamados a vivir, con la entrega amorosa que hace de nuestro camino un ruta a la resurrección y la vida, que propicia acoger el abrazo de la fraternidad. Necesitamos subir al Tabor, para aprender a escuchar la voz de Dios también en lo cotidiano, para leerle en la vida de quienes acompañamos, y de quienes nos acompañan. Para transparentarlo.

No todo en nuestra vida es Tabor, igual que no todo es Calvario. Nuestra vida consiste en transitar entre uno y otro, a través del monte de las Bienaventuranzas que intentamos hacer vida, [abiertos a la Gracia](#).



¿Qué Tabores puedo recorrer en mi existencia?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Después del tabor

«Qué bien se está aquí,
hagamos tres tiendas».
Humana disposición
a echar raíz en lo apacible.

Pero hay que volver
a la brega diaria.
Hay que volver,
una y otra vez,
al amor aterrizado,
a la intemperie,
a los caminos
que recorreremos
cargados de nombres
y de preocupación
cotidiana.

Hay que volver
a las encrucijadas
donde toca optar,
renunciar
y elegir;
a los días intensos,
de búsquedas,
ojeras,
anhelos
y horas estiradas.

Hay que volver
a los días grises,
a las preguntas,
al no saber,
a la inseguridad
reflejada en un espejo,
a la tenacidad
y a la resistencia.

Hay que volver
a lo acostumbrado;
pero no con desgana
o arrastrando la existencia
y el ánimo,

sino con la gratitud
y la esperanza
por banderas.

(José María R. Olaizola, sj)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día...

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.